

X Resultados provisionales y algunas conclusiones

Es a nivel comparativo donde encontramos mayor capacidad de análisis de estas instalaciones, sometidas, en estudios recientes, a una mera descripción de sus múltiples aspectos de interés.

Desde el punto de vista de la «arqueología industrial» destaca la mecánica decimonónica pre-eléctrica que encontramos bien representada en los ejemplos veleznos. Algunas de estas maquinarias (harnero separador de Pernollet, por ej.) o mejoras técnicas (método de picado de piedra de Touaillon) fueron difundidas desde las exposiciones agrícolas de la segunda mitad de siglo (por ej. las de Madrid y Córdoba en 1857 o las granadinas de los años ochenta, Comisiones agrícolas provinciales o a través de revistas como *El Agrónomo*). Pero la mayor diferencia con los alpujarreños estriba en la introducción a finales de siglo (aprox. desde 1890) de sadores, normalmente de tipo americano, para apurar el cernido, y movidos por poleas. No obstante, en los veleznos se generalizaron los cernederos a torno, incluso de carácter manual, con los que se diferenciaban diversos tipos de harina. Este carácter preindustrial, coherente con una incipiente exportación de las producciones de la que nos habla Torres en 1884, está totalmente ausente en la Baja Alpujarra almeriense, donde encontramos procesos de autoconsumo y división de trabajo entre el molinero y la unidad consumidora, en este caso la familia, semejantes a los descritos para la zona occidental de la Comarca (Ordóñez, 1993a: 101). Sólo en una caso (*Mol. Calache*, en Laujar) ha sido posible encontrar pruebas materiales de procesos previos (limpia, remojo, secado), aunque las informaciones nos hablan de otros casos, más comunes en los molinos «urbanos». De modo significativo y, según extrapolaciones, apenas un 15% de los molinos alpujarreños introdujeron poleas, engranajes y transmisiones para mover la maquinaria auxiliar, frente a la generalización de la misma en Los Vélez. Si estas soluciones se multiplicaron en las fábricas de harina por electricidad en la primera zona, para el Norte provincial las mejoras técnicas empleadas permitieron una competencia, si bien ya muy desigual, en la posguerra con aquéllas.

La autonomía de la molinería y su importancia económica -presente al menos ya desde el s. XVIII-, es responsable también de otras particularidades y diferencias entre las zonas. Estas cuestiones no han sido bien advertidas en otros casos estudiados, en favor de una recurrente visión específica de estas instalaciones que las aislaba del entorno social e histórico. La disposición de una fuerza hidráulica subordinada a un estricto tandeo de los riegos y la importancia de los cultivos de frutales y hortalizas, de otro lado, imposibilitó la alberca superior de acumulación en los molinos alpujarreños estudiados excepto casos aislados y excepcionales. Sólo en atención a la especial finalidad del molino, se agrandó el cubo hasta formar un pequeño embalse (por ej. *El Batán* de Laujar o el *Mol. M. Pérez* en Adra), aunque los molinos traperos utilizarán también cubos normales (por ej. *El Batán* de Berja).

La normalización tecnológica, muy intensa en Los Vélez como vemos, presenta otras características. En La Alpujarra predominan absolutamente las piedras blancas locales, con al menos cuatro canteras identificadas, aunque normalmente había una por población. Sólo en los molinos de Berja, y en otros como casos aislados, se extendieron las «francesas», mucho más productivas (por ej., las que actualmente emplea el *Mol. del Perrillo*). Con independencia de la mejor accesibilidad marítima de tales elementos para zonas como Adra (donde, por cierto, no tenemos constancia de ninguna), nuevamente son las razones económicas las que explican esta anomalía: estas piedras eran caras y por la difícil accesibilidad de ciertas zonas no podían ser instaladas en todos los molinos; además el consumo local y la característica promiscuidad de cultivos disuadían de tales dispendios. Más difícil de entender es la ausencia de cabria en una amplia muestra de los casos estudiados en La Alpujarra, o su introducción sub-reciente a lo largo del s. XIX, sustituida por otros procedimientos (Ordóñez, 1993 b: 146-7), lo que nuevamente nos llama la atención sobre la importancia y persistencia de las tradiciones locales.

Esta conclusión es particularmente cierta en relación al edificio molinar. Para La Alpujarra, la casa sólo está presente en los molinos instalados en las inmediaciones o en el mismo casco de las poblaciones. Al ser muchos de ellos bien vivienda ocasional bien estrictamente urbana (prácticamente sólo en Berja y algunos en Adra y Dalías) no disponían de más dependencias agrícolas o ganaderas que las habituales de su entorno. En los demás, únicamente hay un cuarto o habitación de maquinaria (sala de molienda). En ambas comarcas, por tanto, se siguen las características de la vivienda popular, lo que se refleja particularmente en los tipos de cubierta y de obra edificatoria.

Muestra elocuente de esta escasa capacidad productiva, es la pequeña dimensión de la sala de molienda (en la inmensa mayoría de los casos no urbanos menor de 20 m²) y la pequeña envergadura de los cubos, tanto en altura como en diámetro.

Podemos hablar, por tanto, de dos modelos opuestos de panificación de una producción agrícola que comparte el progresivo aumento de la cerealización, trayectorias dependientes tanto de las condiciones naturales (orografía, climatología) o poblacionales (estructura del poblamiento, gestión de los recursos hídricos), como de su inclusión en un régimen domanial de señorío o realengo. Ello conlleva que en La Alpujarra estemos ante la dispersión de pequeñas instalaciones que en Los Vélez se concentran demandando mayores inversiones, hasta el punto que en sus ordenanzas de riego los molinos cumplen funciones que no alcanzan de lejos en La Alpujarra.

Mejores disponibilidades hidráulicas que su entorno cerealista y la proximidad a una carretera o vía de comunicación principal que las uniera, justifica el desarrollo de las fábricas de harina veleznas en el último cuarto del s. XIX. Extremo fraccionamiento de los espacios cultivados y la inexistencia de vías de comunicación que interrelacionaran a las poblaciones produjeron la multiplicación de pequeñas instalaciones en el caso alpujarreño.

Con todo, es perceptible también una distinción entre los molinos de la Alta y la Baja Alpujarra y entre estos y los de los Contraviesas. Un viajero tan perspicaz como Paul Voigt identificó algunas de ellas (modo constructivo y estructura del edificio, mayor frecuencia de una sola máquina, distinto dibujo de *rallones* en las piedras al estar descubiertas, sustitución del palahierro por un eje de madera; 1998: 97-110). Aparte del inevitable condicionamiento medioambiental (que, sin embargo, no evitó la introducción de piedras procedentes de Baza o Moclín en la Alta Alpujarra), es la acusada tendencia al autoabastecimiento del grano la que justifica estas pertinaces diferencias.

No obstante, la fuerte identidad en el lenguaje y la terminología -incluso en las alteraciones y deformaciones- señala que se comparte aquí un mismo universo socio-económico caracterizado por el fuerte autoconsumo y el relativo aislamiento.